

*A mis padres,  
compañeros.*

## Introducción

1. Los numerosos cambios económicos, políticos y sociales que se produjeron en Hispanoamérica ya desde la primera década del siglo, pero específicamente en el período interbélico, desencadenaron, en la mayoría de las formaciones sociales del subcontinente, una reestructuración del discurso cultural, cuyo sentido y proyecciones han sido, hasta ahora, insuficientemente evaluados.

El período tiene, sin embargo, una importancia crucial para la comprensión del desarrollo histórico hispanoamericano, en diferentes aspectos.

Por un lado, con la consolidación del predominio norteamericano en las relaciones internacionales y los reajustes políticos y sociales que ello provoca a nivel mundial, se produce por esos años, desde el punto de vista histórico, la entrada de América Latina en la contemporaneidad. Las modificaciones políticas y socioculturales que se hacen efectivas en las primeras décadas del siglo, marcan definitivamente el desarrollo de los países latinoamericanos, sujetos desde entonces a las condiciones impuestas por el nuevo sistema de dependencia económica.

Por otro lado, en la medida en que entre los años veinte y treinta se divulga y consolida en el continente el pensamiento marxista, la problemática social y cultural de los diferentes países y de la totalidad latinoamericana es entonces redefinida de acuerdo a los nuevos parámetros teóricos que cambian fundamentalmente la visión de América que había sido elaborada a la luz del liberalismo.

De este modo, el período indicado es el que corresponde al surgimiento o reformulación ideológica de buena parte de los problemas y conceptos que han vertebrado, de entonces a hoy, el pensamiento continental.

Sin embargo, visto desde la perspectiva actual, el período que se extiende entre las dos guerras mundiales tiene a nuestros ojos, además del

interés histórico-ideológico mencionado, una importancia coyuntural.

En efecto, a partir de la década de los años sesenta, el recrudescimiento de regímenes autoritarios en América Latina, así como la radicalización de la lucha en el área del Caribe, han obligado a replantear el problema de las culturas nacionales, en muchos casos desmembradas a consecuencia de los hechos señalados.<sup>1</sup>

La eliminación de los canales institucionales de negociación política entre el Estado y los diversos sectores sociales, ha provocado a nivel cultural un proceso creciente de incomunicación y fragmentación social. La noción de *exilio* alcanza, en la situación actual, tanto a aquellos sectores expulsados de su país de origen (exilio externo), como a los que, permaneciendo en él, están sujetos a las diversas formas de la censura, y a la falta de libre acceso a los medios de comunicación, soportando una experiencia de extrañamiento *in situ* (exilio interno).

En definitiva, las formas de comunicación social que funcionaban durante la vigencia del Estado de Compromiso, van siendo sustituidas por una concepción excluyente y *disciplinaria* de la cultura y su función social, lo cual causa crisis de identidad que conducen necesariamente al replanteo de la cuestión nacional.<sup>2</sup>

Si por *cultura nacional* se entiende un proyecto universalizado, que alcanza a todos los habitantes de una formación social determinada, y en el cual confluye la acción de los diferentes sectores sociales que componen una nación, es obvio que bajo condiciones represivas, marginación de grupos étnicos, clases sociales o sectores políticos, aquella, que es por definición un plan popular, de integración social, no tiene cabida.

Por el contrario, el trabajo cultural, entendido como tarea comunitaria, debe más bien atender a la articulación sistemática de la experiencia y expectativas de los diversos sectores sociales, orientando su creatividad hacia la transformación de las estructuras, en beneficio de la mayoría.

Así entendido, como un esfuerzo de producción y colectivización de la experiencia a través del cual el individuo logra representarse como ser social, adquirir memoria de sí mismo y proyectarse en la comunidad, es obvio que el nivel cultural requiere para su mantenimiento y desarrollo, mecanismos participativos y de intercomunicación social que el actual régimen político de muchos países latinoamericanos, fundado en la institucionalización de la violencia, no puede permitir.

Las diferentes modalidades represivas actúan justamente interrumpiendo esa necesaria dialéctica entre lo individual y lo colectivo, a través de la cual el ser social produce sus formas culturales y es a la vez *producido* por ellas en tanto *sujeto*, a través de la fijación de pautas, criterios y valores que guían su comportamiento social y su creatividad.<sup>3</sup>

Por otro lado, como contrapartida de la situación antes expuesta, la experiencia de formación de frentes populares que desarrollan, como parte de proyectos de liberación nacional, una concepción democratizada de la cultura, ha llevado a un debate ya continentalizado sobre los modos

posibles de implementar proyectos que tiendan a contrarrestar las concepciones y estrategias dominantes. La preocupación por la cultura nacional se corresponde así con la necesidad de elaborar una cosmovisión alternativa, que actúe como plan cohesivo, a través del cual rearticular a los diferentes sectores sociales. Obviamente, esto no contradice sino que más bien prepara y favorece una visión orgánica de América Latina como totalidad continental.

El planteamiento y discusión de esta temática ha agitado una serie de nociones—*lo popular, lo nacional, lo americano*—sobre cuyo contenido no existe aún acuerdo. Por un lado, cada una moviliza un campo de connotaciones ideológicas diversas, según el discurso general al que se las adscriba. Por otro lado, esas nociones están aún cargadas del peso que adquirieran al ser utilizadas dentro del contexto del pensamiento liberal, dando la idea de que el debate actual se limita muchas veces a recoger tópicos decimonónicos, que por inercia continúan formando parte de la retórica continental. Finalmente, las nociones indicadas se asocian por continuidad a las de *populismo, nacionalismo, americanismo*, viéndose así contaminadas por la carga política que en cada caso se adjudica a esos términos, según los ejemplos históricos en que se piense para ilustrarlos.

De esta manera, tanto para esclarecer la temática misma de las culturas nacionales, como los términos en que ésta se plantea en la actualidad, es necesario regresar a las raíces históricas del problema, en su formulación contemporánea.

En efecto, si bien la preocupación por el problema de la nacionalidad cultural está planteada en los países latinoamericanos desde que éstos se lanzaron a la vida independiente, es en el siglo veinte, en el diálogo que tiene lugar entre el pensamiento marxista y el liberalismo progresista, que la cuestión se establece en términos que pueden resultar, más allá de las variaciones históricas, asimilables a los actuales. Es justamente en el cruce de esas mismas orientaciones ideológicas que la perspectiva actual visualiza el problema de la definición y reconstitución de las culturas nacionales. Es también con el mismo objetivo de rearticulación de sectores sociales a nivel nacional y continental. Y aún en el contexto del sistema de dependencia regido por el predominio norteamericano.

Un análisis más detallado puede entonces iluminar a un tiempo un momento importante en el desarrollo histórico del pensamiento hispanoamericano, y un aspecto del debate actual acerca del carácter y función de la cultura, y específicamente de la literatura, en el contexto de la situación antes descrita de los países latinoamericanos. Para ello será necesario estudiar aquellos rasgos que caracterizan la reflexión sobre el problema cultural en Hispanoamérica, especialmente a partir del incremento de los sectores medios y la constitución de regímenes populistas, los cuales promueven la temática nacionalista y americanista en su formulación contemporánea.

2. La reubicación de los países latinoamericanos dentro del sistema

imperialista, operada una vez que la hegemonía norteamericana substituyera al predominio inglés, obligó, ya desde fines del siglo anterior, a modificar los ideogramas romántico-liberales que hasta entonces habían regido los proyectos de consolidación de las culturas nacionales.

Los factores que merecen mencionarse para una caracterización del período que va desde fines de la Primera Guerra Mundial hasta aproximadamente 1940, son, básicamente, el desarrollo progresivo de una burguesía con intereses comerciales, vinculada al capital extranjero, la cual iba substituyendo a las oligarquías de base agraria; el papel crecientemente protagónico de los sectores medios, impulsados por la nueva situación de desarrollo "hacia adentro"; la cohesión y organización crecientes del proletariado y su definición básicamente antiimperialista; el impacto de la Revolución Rusa y la divulgación del pensamiento marxista; y la influencia, más inmediata, de la Revolución Mexicana.

Estos hechos, sumados a variantes específicas de los diversos países, fueron creando las condiciones básicas para el surgimiento de una nueva forma de conciencia social, que se manifestó a nivel cultural en dos direcciones convergentes.

Por un lado, como consecuencia de la subordinación de las economías latinoamericanas al capitalismo central, y como contrapartida de la creciente desnacionalización de los medios de producción, el pensamiento del período se orientó hacia la redefinición de las "nacionalidades" latinoamericanas, en sus diferentes aspectos.

Por otro lado, se produjo paralelamente, también a partir de la Primera Guerra Mundial, un proceso de "continentalización" de temas y problemas que, más allá de las especificidades nacionales, afectaban a Hispanoamérica como totalidad.

En efecto, los cambios operados a nivel del capitalismo mundial sometían por igual a los distintos países latinoamericanos a las alternativas de una dependencia centralizada, que actuaría desde entonces como constante en la historia continental. Es a partir de este rasgo negativo que marcaría la historia de los países latinoamericanos, que comienza a producirse el fenómeno de internacionalización antes aludido, con manifestaciones en el aspecto económico, político y cultural.<sup>4</sup>

Los planteamientos más progresistas del período acerca de la cuestión nacional, aparecen entonces como un momento anterior y necesario de conceptualizaciones abarcadoras—americanistas—, en cuyo interior se buscaba articular, a través de distintas estrategias discursivas, las problemáticas nacionales.

3. De acuerdo a todos estos factores, la reformulación del fenómeno cultural y, en su interior, de la literatura, se da en esos años como parte de un intento mayor por reinterpretar las relaciones sociales en su totalidad, en un contexto marcado por la acción creciente de los sectores medios, activados por la conjunción de los cambios económicos e ideológicos, nacionales e internacionales.

La recuperación y redefinición, dentro del discurso cultural hispanoamericano, de la problemática nacionalista y americanista, significó, en gran medida, la cancelación progresiva de la imagen del intelectual profesionalizado, "creativo" y evasivista que había promovido, al menos en su línea dominante, el Modernismo. Significó también, al mismo tiempo, el cuestionamiento o modificación de enfoques éticos o idealistas que autores como González Prada o J. E. Rodó habían elaborado años antes, tratando de interpretar, desde otros horizontes culturales e ideológicos, la cuestión nacional y continental.

La vuelta a ciertos elementos discursivos (americanismo, nacionalismo, tradición, humanismo) no significó entonces, como en general parece interpretar la crítica, la mera emergencia cíclica de tópicos perennes, subyacentes a lo largo de toda la historia del pensamiento latinoamericano, sino que estuvo sobredeterminada por factores históricos e ideológicos que marcan el proceso de la lucha de clases a nivel continental.<sup>5</sup>

La dinámica que movilizaba a los diferentes sectores sociales, así como los nuevos elementos incorporados al horizonte ideológico latinoamericano, promovieron el problema de la identidad nacional y continental, a la vez como una estrategia defensiva contra los efectos del imperialismo norteamericano, y como punto de partida para proyectos alternativos, ante el descaecimiento progresivo del modelo liberal.

En otros casos, la cuestión nacional y americana apareció articulada al discurso dominante como elemento legitimador de proyectos dirigidos a los sectores medios, o, como en el caso del aprismo, incuída como principio aglutinante en planes reformistas.

En todo caso, el marco político general es el que corresponde a la aparición de regímenes o movimientos nacional-populares en diversos países del continente, gestados en el contexto de los cambios económicos y sociales que se agudizarían con la crisis mundial de 1929. Si bien este hecho actúa como catalizador de los procesos que venían desarrollándose en el área del capitalismo periférico, precipitando por sus repercusiones la toma de conciencia de la contradicciones del sistema, son esos movimientos masivos, que comienzan en nuestro siglo en 1910 con la Revolución Mexicana, los que permiten la comprensión cabal de la dinámica ideológica que da lugar a las distintas formas de conciencia social que actúan entonces y hoy a nivel continental. De ahí que este trabajo focalice el período que se inicia en la fecha citada, por la importancia de la experiencia mexicana en tanto movilización popular de vasto alcance.

En efecto, la evaluación de las diversas direcciones ideológicas a las que se adscribió la revisión del problema nacional así como su articulación dentro de visiones americanistas, no puede prescindir de un análisis a nueva luz del contexto político e ideológico general de esos años. Los numerosos estudios sobre populismo producidos en las últimas décadas, desde posiciones funcionalistas y marxistas, brindan suficiente material al respecto. Fundamentalmente, ellos replantean el problema de la lucha de

clases en Latinoamérica a partir de la Primera Guerra Mundial, pero sobre todo desde la década de los años treinta, atendiendo a la complejidad de las relaciones sociales y los enfrentamientos de clase dentro de regímenes democráticos. Indican, por ejemplo, que los antagonismos de sectores urbanos, los enfrentamientos institucionales, la aparición de frentes pluriclasistas, etc., obligan a tratar de superar posiciones reduccionistas, e intentar visualizar las tensiones, alianzas y luchas que derivan no solamente de la existencia de determinadas relaciones de producción, sino además de la existencia de relaciones de dominación que condicionan la vinculación de los diferentes sectores sociales a nivel superestructural.<sup>6</sup>

Por otro lado, el planteamiento del problema de las culturas nacionales se presenta, hacia los años veinte y treinta, a través de una serie de formulaciones que son tributarias, en mayor o menor medida del liberalismo, muchos de cuyos principios y estrategias discursivas no han sido todavía cancelados. Del liberalismo derivaba, por ejemplo, la orientación hacia conceptos totalizadores, a través de los cuales se intentaba explicar la especificidad histórica, social y cultural de los países latinoamericanos. En efecto, la pregunta acerca de los elementos que constituirían la "identidad" continental y la "esencia" de las nacionalidades, había formado parte activa del pensamiento decimonónico.

En el contexto del liberalismo se había intentado definir, por un procedimiento comparativo y reduccionista, los rasgos distintivos de los países latinoamericanos, pensados en relación al paradigma de las naciones europeas, y luego de los Estados Unidos, todos los cuales representaban, cada uno en su momento, dentro del esquema difusionista que se aplicaba, un estadio superior de desarrollo socio-cultural.

Hacia los años veinte y treinta, la misma estrategia esencialista sirvió a los diferentes proyectos coexistentes en el período, como modo de replantear el concepto de "lo popular", en un intento de explicación genética y antropológica de los orígenes de las nacionalidades.

Si en algunos casos, como por ejemplo en el Perú durante la primera gestión presidencial de Leguía o dentro del aprismo, ese replanteo sirvió como estrategia "legitimadora" a proyectos de clase guiados hacia el desarrollo del capitalismo nacional, en otros casos, como en los trabajos de Mariátegui, tuvo un carácter revolucionario, apoyado en el análisis económico, desde una perspectiva marxista.

Como Gramsci ha señalado, la vinculación entre los conceptos de "lo nacional" y "lo popular" es estrecha, y se relaciona por continuidad con la noción de soberanía.<sup>7</sup> Es necesario un análisis ideológico cuidadoso para poder distinguir los campos connotativos que en cada caso crea la utilización de los mismos tópicos discursivos, así como los proyectos de clase a los que éstos se adscriben, y los sectores sociales a los que se dirigen.

En efecto, la formalización del problema que implica la existencia de subculturas o culturas subalternas, tanto en EEUU como en Latinoamérica, así como la distinción presente en muchos estudios actuales entre cultura burguesa o proletaria, urbana o campesina,

subliteratura y "literaturas ilustradas", cultura de masas o transnacionalización cultural, formas "contraculturales", cultura del exilio, etc., indica la visualización de la tensión que existe entre los sectores hegemónicos y dominados, derivada de sus formas específicas de vinculación con los centros de poder. En definitiva, es esa falta de identificación entre lo que se propone como "cultura nacional" y lo que se entiende por "cultura popular", lo que merece ser analizado desde una perspectiva histórico-ideológica.<sup>8</sup>

4. Reconociendo sus raíces en el Movimiento de Mayo, en el alerta martiano contra el imperialismo del Norte y aún en el idealismo de Rodó, la problemática de las culturas nacionales y la temática americanista no estuvieron, por cierto, exentas de contradicciones.

Para comenzar, las condiciones ideológicas presentes en América Latina hacia los años treinta, atenuaron las fronteras que pudieron haberse demarcado desde un primer momento entre el pensamiento marxista divulgado en el continente, y las diferentes tendencias existentes durante la vigencia del modelo librecambista. En muchos casos, esas nuevas orientaciones fueron entendidas como una radicalización de posiciones ya presentes, de alguna manera, en el pensamiento continental. Como ya ha sido señalado por algunos autores, sería erróneo desconocer, por ejemplo, la existencia de la concepción, muy generalizada en la época, de que el pensamiento marxista venía a continuar el camino preparado por el Positivismo y aún por el reformismo político que habían llevado adelante, en varios países del continente, gobiernos liberales.<sup>9</sup>

Tanto desde posiciones como las sustentadas, por ejemplo, por el marxista argentino Aníbal Ponce, como desde las que sostuvieron pensadores de corte liberal o antipositivista, se tendió muchas veces a interpretar el avance del pensamiento marxista como una restauración de principios éticos que auspiciaban el advenimiento de un neohumanismo, dirigido a amplios sectores sociales.

La reelaboración de los conceptos de *nación*, *pueblo* y *tradición*, y sus distintas formas de articulación dentro del discurso ideológico del período, así como la búsqueda de las raíces y modos de expresión de la "americanidad" deben ser vistos, entonces, como momentos de un diálogo complejo y muchas veces contradictorio sostenido entre las diferentes tendencias ideológicas de la época, ante la crisis del liberalismo, sin romper, sin embargo, con direcciones y principios que éste había entregado a la discusión continental.

Ese diálogo no implica simplemente la absorción de supervivencias ideológicas interiorizadas pasivamente, sino un proceso dialéctico de interpenetración discursiva, condicionado por la activación de los sectores medios y el proletariado, que se iban constituyendo, progresivamente, en sujeto social colectivo. Este proceso es el que importa esclarecer, para sentar las bases de un análisis actualizado y riguroso del problema de las culturas nacionales en Hispanoamérica, que hoy por hoy constituye uno de

los aspectos claves a que deben atender la crítica y la historiografía.

5. Finalmente, cabe señalar que ese diálogo antes aludido, es mérito fundamental del marxismo emergente en el período, que absorbe y reelabora la problemática político-cultural americana como un todo históricamente condicionado, asumiendo tempranamente que, ante la tarea coyuntural de reconstitución de las nacionalidades

el papel de la conciencia nacional estará ligado a su capacidad para reflejar y expresar adecuadamente los intereses y aspiraciones de las clases nacionales, esto es, de las clases que impulsan la determinación de la sociedad como nación, así como a su capacidad para contribuir a la organización y eficacia política de esas clases. Y, en el proceso de elaboración de la cultura nacional, la conciencia nacional actúa como eje reorganizativo de la cultura anterior y de la incorporación de las nuevas experiencias y expectativas.<sup>10</sup>

La existencia de esa interrelación discursiva entre las diversas vertientes del pensamiento de la época, válida fundamentalmente en relación a la situación sociohistórica en la que se produce, fortalece y pluraliza las posibilidades interpelativas de la clase a partir de la cual se proyectan las transformaciones estructurales, y permite apoyar el proceso de diferenciación ideológica sobre el esclarecimiento de objetivos nacionales en los cuales se articularán de diferente manera los distintos sectores sociales.

Dada la situación antes descrita, este trabajo intenta principalmente focalizar los núcleos en los que se engarzan los diferentes discursos coexistentes en el período estudiado, tratando de reconstruir la dinámica ideológica de un debate que se proyecta en muchos de sus aspectos sobre la actual situación político-cultural latinoamericana.

El énfasis está puesto, entonces, no en el análisis exhaustivo de los textos sino en el proceso y connotaciones del encadenamiento discursivo que vincula entre 1910 y 1940, y fundamentalmente en el período interbélico, el pensamiento de tradición liberal y el marxismo emergente en el subcontinente.

De manera específica, he tratado de situar aquellas posiciones que, decantadas por el pensamiento socialista, principalmente a través de la obra de Mariátegui, vertebran hasta hoy la discusión sobre el problema cultural en Latinoamérica, y fijan las pautas para una reelaboración a nueva luz de los criterios que rigen el análisis del circuito producción/recepción literaria en Hispanoamérica.

En efecto, muchos de los problemas a los que se enfrentan actualmente los estudios literarios—revisión del *corpus* codificado por las historias literarias tradicionales, orientadas a partir del gusto y parámetros evaluativos de los sectores dominantes; revisión de los criterios de ordenamiento historiográfico; investigación metodológica para el análisis de “subliteraturas”, textos producidos bajo censura, formas literarias orales o en lenguas no dominantes, etc.—revelan cada vez más la impug nación a las formas canónicas de un sistema cultural que predetermina el

objeto de estudio, manipulando las posibilidades de vinculación de obras, el establecimiento de sistemas literarios, etc., funcionando, en fin, como un sistema de exclusiones que limita *lo poético* a lo más selecto de las *literaturas ilustradas*.

Las manifestaciones culturales subalternas parecen adheridas, así, de acuerdo a lo antes expuesto, al *status* de formas culturales “en vías de legitimación”. El proceso de su reconocimiento va obviamente ligado a la dinámica social que despliegan los sectores sociales que aquellas formas discursivas representan, a sus reclamos de democratización y restitución de las libertades básicas que aseguren su efectiva participación en las diferentes actividades de la vida civil.

Esta problemática, expuesta aquí de manera sumaria, comienza a ser fijada desde que el pensamiento socialista recoge y reelabora la cuestión cultural, como nivel específico a través del cual se manifiesta la lucha de clases, y en la medida en que se proyecta como discurso capaz de absorber y vertebrar programáticamente aquellas vertientes del pensamiento liberal que concurrían a la definición de los problemas que la realidad sociocultural del momento hacía ineludibles.<sup>11</sup>

El procedimiento de acercamiento intertextual que se sigue en este trabajo, en base a la identificación de constantes y variables ideológico-discursivas de los textos tratados, sirve así no solamente para la recuperación de la dinámica histórico-ideológica del período, sino además a los efectos de la proyección global de ese debate sobre nuestra actual realidad sociocultural, que en buena parte gracias al trabajo intelectual de muchos de los autores aquí analizados, puede hoy visualizarse como un proceso abierto.

## NOTAS

1. La bibliografía que plantea el problema específico de la cultura nacional en Latinoamérica es copiosa en los últimos años. Algunos estudios, de diferente alcance y características, son, por ejemplo, los de José Joaquín Brunner, *La cultura autoritaria en Chile*, Santiago, FLACSO, 1982; Antonio Cornejo Polar, *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*, Caracas, Ed. de la Fac. de Humanidades y Ciencias, U.C.U., 1982; Nils Castro, "Penetración cultural, genocidio cultural, política cultural", México, *Cambio*, No. 12, julio-agosto-set. 1978, pp. 18-38, y "Tareas de la cultura nacional", La Habana, *Casa de las Américas*, XXII, 122, set.-oct. 1980, pp. 3-10; M. S. Kagan, "Cultura y culturas. Dialéctica de lo general, lo particular y lo singular", y Pablo González Casanova, "Cultura nacional, cultura universal", ambos en *Casa de las Américas*, No. 130, pp. 134-139 y 140-145 respectivamente; Ricaurte Soler, *Formas ideológicas de la nación panameña*, La Habana, Cuadernos Casa, No. 24, 1980; Ma. de la Luz Hurtado, Carlos Ochsensien, Hernán Vidal, *Teatro chileno de la crisis institucional 1973-1980 (Antología crítica)*, Minnesota: Latin American Series Santiago: CENECA, 1982; Raúl Béjar Navarro, *El mexicano. Aspectos culturales y psicosociales*, México: Universidad Autónoma de México, 1983. Pueden también consultarse las bases del llamado al encuentro de intelectuales realizado en La Habana en setiembre de 1981: *Reseña. Encuentro de intelectuales por la soberanía de los pueblos de nuestra América*, Febrero 1982. Otros aspectos del mismo problema subyacen en los planteamientos actuales acerca de la cultura popular o culturas marginadas así como en los análisis sobre cultura de masas. Al respecto interesan sobre todo los estudios de ILET (Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales), México, los de FLASCO y CENECA (Chile), y los de LARU (Latin American Research Unit), Toronto. A esto se suman los numerosos artículos que existen sobre el problema de la producción cultural en el exilio, ejemplo claro del fraccionamiento de la cultura nacional.
2. Cfr. José Joaquín Brunner, *Op. Cit.*
3. Este concepto de que el discurso produce al sujeto merece un desarrollo mayor, que en su aspecto teórico excede los límites de este trabajo. Al igual que la noción de *interpelación* que es usada en este estudio a partir de los análisis de Ernesto Laclau, el tema está siendo incorporado actualmente en los estudios de ciencias sociales, para el análisis del proceso de constitución de los sujetos sociales. Al mismo tiempo autores de la Escuela de Frankfurt presentaban también el tema como parte de la teoría de la comunicación social. Pueden verse en este sentido especialmente los trabajos de J. Habermas. Si bien Ernesto Laclau no desarrolla ni define claramente el concepto de *interpelación*, a través de su profusa utilización pueden sacarse conclusiones acerca de su significado. En este trabajo se usa el término *interpelación* para aludir aquella actividad del discurso a través de la cual se identifica y promueve el sujeto social en cuanto receptor y agente potencial de conductas sociales, es decir, se lo constituye como sujeto social al definir sus posibilidades participativas, a través de un discurso que se perfila así como proceso *intencional*.
4. Este rasgo fue ya señalado por Nelson Osorio al estudiar el contexto en que se produce la literatura de vanguardia. Al respecto Osorio indica: "Lo que hemos tratado de definir como una progresiva 'internacionalización' constituye un rasgo positivamente caracterizador del nuevo período, de la época contemporánea, especialmente de la entreguerra, pero sobre todo cuando se trata del estudio de fenómenos superestructurales, este hecho debe ser considerado como una especie de eje referencial, como una especie de invariante con respecto a la cual se organizan y comprenden las variantes nacionales, que son las realizaciones concretas que, en última instancia, configuran la sintaxis del diseño global". "La tienda de muñecos de Julio Garmendia en la narrativa de la vanguardia hispanoamericana", *Actualidades*, 3-4, 1977-78, p. 16.
5. El problema de la cuestión nacional se corresponde con el de "actualización de la utopía", que A. Gramsci ha indicado, señalando de qué modo temas potencialmente populares pueden ser retomados o abandonados en una situación histórica concreta.

6. Cfr. Ernesto Laclau, *Politics and Ideology in Marxist Theory*, London, Verso Editions, 1979, y Robert Albritton, Jonathan Baker, Harriet Friedman et al. *Populism and popular ideologies*, Canada, LARU Studies, III, 2/3, January 1980.
7. "Cabe observar—puntualiza A. Gramsci—que en muchas lenguas las palabras 'nacional' y 'popular' son sinónimos o casi-sinónimas (así ocurre por ejemplo, en el ruso, en el alemán) en el cual la palabra *volkisch* tiene un significado todavía más íntimo, de raza—y en las lenguas eslavas en general; en francés, la palabra 'nacional' tiene un significado en el cual el término 'popular' está ya más elaborado políticamente, porque va ligado al concepto de 'soberanía': soberanía nacional y soberanía popular tienen o han tenido el mismo valor." *Cultura y literatura*, Barcelona, Ed. Península, 1968, p. 169.
8. Según Raúl Béjar Navarro, "La palabra popular tiene cuatro connotaciones principales, a saber: a) Designa a todo lo que se refiere al pueblo como conjunto de habitantes de un Estado. Popular se identifica dentro de esta acepción con la población y con la cultura nacional como la expresión de una voluntad política que unifica a todos. b) Afirma de aquello que trata de las costumbres arraigadas en un pueblo y que se transmite de generación en generación conformando lo que se llama tradición y en determinadas condiciones el folklore. c) Refiere a aquello que se opone a lo culto, en cuanto que lo culto es producto de lo aprendido metódicamente así como intelectualmente y que rebasa el mundo social inmediato del individuo; popular en contraposición a culto, hace alusión al conocimiento y a las costumbres resultantes de la experiencia directa del individuo en su habitat. d) Dicese del amplio sector de población que, por su situación económica y social, contrasta con los grupos minoritarios que detentan el poder y la riqueza (. . .). *Op. cit.*, p. 145. Esta enumeración de rasgos presenta algunos aspectos del problema de la definición de cultura popular, pero no agota, obviamente, las derivaciones ideológicas del mismo, básicamente lo que toca a la definición de los sectores sociales que la producen, y a la articulación de éstos con respecto a los centros de poder y al imperialismo.
9. Según Francisco Posada ha anotado: "La fuerza de la Revolución Mexicana, su connotado carácter popular, el que algunos de sus portavoces la consideraran, incluso, más radical que la propia Revolución de Octubre, vino a confirmar la creencia en la señalada prolongación, y a nublar la diferencia cualitativa del marxismo con cualquier ideología anterior, materialista o idealista." *Los orígenes del pensamiento marxista latinoamericano*, La Habana, Cuadernos Casa, No. 6, 1968, p. 12.
10. Nils Castro, *Art. cit.*, p. 7.
11. Tratando el problema de la cuestión nacional, Lenin indicaría que: "En cada cultura nacional existen, aunque no estén desarrollados, *elementos* de cultura democrática y socialista, pues en cada nación hay una masa trabajadora y explotada, cuyas condiciones de vida engendran inevitablemente una ideología democrática y socialista. Pero en cada nación existe asimismo una cultura burguesa (y, además, en la mayoría de los casos, ultrareaccionaria y clerical, y no simplemente en forma de "elementos", sino como cultura *dominante*. Por eso, la "cultura nacional" en general es la cultura de los terratenientes, de los curas y de la burguesía". Y más adelante: "El significado de la consigna de cultura nacional lo determina la correlación objetiva entre todas las clases del país dado y de todos los países del mundo." *Notas críticas sobre la cuestión nacional*, URSS, Editorial Progreso Moscú, s/f., pp. 10 y 11 respectivamente. (Los subrayados son del autor). Reelaborando ese mismo aspecto, aunque con otra aplicación, Nils Castro ha señalado que "No se trata de consagrar como exclusivamente 'nacional' a un núcleo paradigmático y de someter a los demás grupos sociales al cultivo de sus formas y rituales culturales, sino de promover la riqueza políétnica de la nación, consagrando como igualmente propias las aportaciones culturales de todos los contingentes populares que concurren a conformarla". *Art. cit.*, p. 9. La idea que se desliza a partir de la expresión "igualmente propias" usada por Castro sería, quizá, lo que merecería una discusión más detenida.